

El Sínodo de la Nueva Evangelización: Experiencias y aprendizajes

Hno. Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC¹

No cabe duda de que el Sínodo sobre la Nueva Evangelización que celebramos en el mes de octubre pasado puede motivarnos a los Religiosos en nuestro deseo, que es el de la Iglesia, de dar un nuevo impulso a la Evangelización para responder mejor a las inquietudes de los pobres, de nuestros pueblos, de nuestros jóvenes. Como lo he compartido en la Revista Vida Nueva, no más terminar el Sínodo, he tenido la oportunidad de participar en tres Sínodos de los Obispos como auditor y del que me siento más satisfecho es del Sínodo último sobre la Nueva Evangelización. Y no porque considere que todo haya sido positivo. La misma metodología de los Sínodos conlleva muchas limitaciones y una primera etapa de una gran dispersión. Posiblemente si se centrara en algunos puntos neurálgicos sería más eficaz.

Una primera impresión positiva es el Mensaje. Me parece, que sin negar los obstáculos que encuentra hoy la Evangelización, tiene una visión pastoral abierta y acogedora que muestra simpatía y amor por el mundo creado por Dios, por el ser humano y sus realizaciones. Aunque lo que dice el Mensaje a la Vida Religiosa en

el mismo párrafo dedicado a la familia puede parecer poco significativo, es el tono positivo del Mensaje el que coincide con lo que hoy la Vida Religiosa aporta a la misión de la Iglesia. Personalmente pienso que hoy por hoy la Vida Religiosa representa uno de los rostros más humanos y compasivos de la Iglesia. Y esa es en definitiva nuestra misión: ser sacramento para nuestros contemporáneos del rostro del Dios de Jesús reflejado en el Evangelio.

Ha sido también el Sínodo en que he sentido más la apertura de parte de la Iglesia y la respuesta respetuosa y amistosa de los Delegados fraternos. El Secretariado del Sínodo tuvo una gran sensibilidad para que todos pudieran hablar a lo largo de nuestra asamblea. Sus palabras me han llegado profundamente y veo que en este tema podemos trabajar juntos en actitud de diálogo y de mutuo enriquecimiento, en la Nueva Evangelización. La centralidad de Jesús y el Evangelio que nos presentaron me impactó mucho lo mismo que sus palabras tan positivas sobre el Concilio Vaticano II. Aquí también encontré una gran sintonía de onda con nuestras congregaciones internacionales, abiertas a las distintas culturas y

religiones y en donde el diálogo de la vida es el que hace avanzar mejor hoy el ecumenismo.

Personalmente, como religioso educador, me interesaron mucho tres temas: el de la Vida Religiosa, más valorada que en los Sínodos anteriores; el tema de los jóvenes llamados a ser no sólo receptores pasivos sino sobre todo agentes activos de la Nueva Evangelización y el tema de la Educación, como un campo propicio para la misma. Otra sorpresa, para mí positiva, es ver que hoy, en todos los continentes, se valoran y alientan las comunidades eclesiales de base o las pequeñas comunidades como medio privilegiado y ayuda eficaz para las parroquias. Creo que esto representa un reconocimiento a la praxis latinoamericana, a la que las religiosas y los religiosos han dado un gran aporte especialmente con la vida inserta en medios populares y la formación de grupos para compartir la Palabra y la Vida. Otros dos temas que me gustaron y que pueden ser muy eficaces para nosotros fueron el de promover una cultura de la vida entendida como vocación y la llamada a una conversión pastoral. Aquí también debo reconocer la influencia de muchos Obispos lati-

noamericanos que, inspirados en Aparecida, hicieron un llamado a esta conversión ya que nos encontramos ante una realidad nueva y debemos ser creativos en la manera de acercarnos a ella a partir del Evangelio, y no simplemente de repetir lo que en el pasado hemos hecho.

Mi intervención fue sobre los Jóvenes y la Nueva Evangelización y me gustaría compartir una idea que creo fundamental y que nos debe interesar a todos, ya que la Vida Religiosa debe estar atenta a los jóvenes si quiere tener futuro. *La Nueva Evangelización para los jóvenes y para los que los acompañamos debe ser una llamada a volver al Evangelio y a descubrir que el núcleo central de nuestra fe es un encuentro personal con Jesucristo que conduce a una comunidad de discípulos. Y constatar que una comunidad de fe no se cimienta solamente en instituciones doctrinales, litúrgicas o morales sino, sobre todo, en personas que han hecho una misma*

experiencia. Ésta es la que los discípulos anuncian: lo que hemos visto, lo que hemos oído... De ahí la importancia del encuentro entre las personas por encima de cualquier proyecto institucional.

Me parece que al terminar estas reflexiones sobre el Sínodo de la Nueva Evangelización, lo que nos corresponde como consagrados es preguntarnos qué hacer para que este Sínodo no se quede solamente en palabras y en un documento que aparecerá posiblemente dentro de dos años. La Nueva Evangelización es ante todo una llamada a dejarnos evangelizar a nosotros mismos, a hacer del Evangelio y del seguimiento de Jesús el centro de nuestras vidas. Solo entonces podremos llevar el Evangelio a los demás como Buena Noticia. Será entonces una experiencia compartida y no una teoría transmitida.

Nota:

¹ Superior General de los Hermanos de La Salle.